

Ejercicios

Según la ligo 4 del libro (pág. 22 y 33), son los ejercicios correspondientes (pág. 26) a veces a continuación llur dan (pág. 122).

Ligo XVI - Traduir:

Por fin nos apertamos del Empalme. Debíamos pasar en Sevilla. Me aromé a la ventana y es-
cruté con ojos curiosos el horizonte, que ya no era ondulante, sino llano y dilatado, cubierto de sembrados, de olivos, de naranjos, cuyos distan-
tos verdes lo matizaban alegremente. Los setos azulados de pita contribuían poderosamente a embellecerlo y le daban ya un carácter enteramente meridional.
(D. Palacio Valdes)

Ligo XVII - Traduir:

El poeta que vivía en la ^{de adén} ~~de adén~~ ^{del punto comen-}
ria y del entusiasmo, ^{de la época} ~~de la época~~, y
zó a ver de ~~comper~~ ^{de la época} los luceros de su época, y
como el Imperio era el eterno martirio de los
patricios, y éstos no perdonaban medio para sa-
cudir un inmensa pesadumbre, Lucano se aso-
ció a la conspiración de Pison. Un esclavo delat-
tó la conjuración y, en premio de su crimen,
recibió largos honores y el título de conservador
del Imperio.
(Emilio Castelar)

Llegó XVIII - Traducción:

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro el
aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol,
deslumbrante, caía en lluvia de oro sobre los aperos de
labranza; dos mariposas de color de fuego volaban
bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique
de las campanas parecía responder, allá, en lo alto,
al alborozo de la raza nueva, de la raza fuerte,
que abría su fecundo surco de amor en la llanura
humana.

(José Nogales)

Llegó XIX - Traducción:

Admiro el noble empeño y la abnegación su-
blime de los que aspiran a la conquista del aire.
Según van cayendo, crece la columna ideal que
surge entre las prosaicas multitudes como
ejemplo de la aspiración de los valientes, colum-
na de oro y de luz. Ella resplandece, ella re-
fulge e ilumina... Ella nos indemniza de la
odiosa vulgaridad utilitaria en que se consumen
tantas energías.

(J. Ortega Munilla)

Llegó XX - Traducción:

Con el sol aún bajo, emprendimos la marcha. La ven-
tolina, que desde el amanecer soplaba suave, tornó a en-
durecerse. Los tomillares de los ribazos alzaban al cielo
su ofrenda de aromas. En la cañada, las reses huían,
temerosas, y, al internarse entre los robles, se apagaba
el tintineo de sus esquilas. La voz de un pastor se oyó,
vendida en la distancia.

(Enrique de Mesa)